



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XV Núm. 66	Dirección y Administración CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24	ENERO 1926
-------------------	--	---------------

CON MOTIVO DEL NUEVO AÑO

## SOBRE EL VALOR DEL TIEMPO

**E**L apóstol San Pablo nos dice: *Mientras tenemos tiempo, hagamos el bien.* Pidamos la gracia de conocer y apreciar bien el valor del tiempo, y hacer de él un uso santo durante el curso del año.

*El tiempo vale lo que vale el cielo,* dice San Bernardo, y nada es más verdadero, puesto que no solamente no entrará nadie en el cielo sin haber pasado por las pruebas del tiempo, sino que no lo alcanzará, según las divinas promesas, sino como recompensa del buen empleo del tiempo. Esta recompensa eterna puede depender de un solo momento bien empleado.

¡Cuánto debemos estimar el tiempo que se nos ha concedido! Debemos estimarlo más que un

diamante que valiese un reino. Porque ¿qué es un reino terrestre comparado con el reino de los cielos? ¡Y el buen empleo del tiempo puede valer nos la eterna posición de este reino! Además, cada instante bien empleado puede darnos un nuevo grado de gloria y de felicidad en el cielo, un nuevo cielo, por decirlo así, en el cielo mismo.

Tengamos fe en esta verdad, y sentimiento de no haber hecho mejor uso del tiempo.

Compadezcamos la ceguedad de tantos hombres, que abusan del don más precioso de Dios; ceguedad, ¡ay! de la que quizá participamos.

Imitemos a los Santos, que jamás creían hacer bastante para utilizar el tiempo. San Alfonso de Ligorio y muchos otros llegaron hasta obligarse por voto a no perderlo jamás voluntariamente.

*El tiempo vale lo que vale Dios mismo, y hé aquí y cómo continúa San Bernardo: es, que cada instante bien empleado puede valernos la posesión eterna de Dios. Así, ¡qué severa cuenta tendremos que dar de él! Un instante es suficiente para proferir una palabra ociosa; y Jesús nos asegura que esta pérdida de tiempo, insignificante según nosotros, no pasará desapercibida: Yo os declaro que los hombres darán cuenta, en el día del juicio, de toda palabra ociosa que ellos hayan dicho. (Matth. XII.)*

Todos creemos esto: pero ¿está de acuerdo nuestra conducta con nuestra fe? En nuestros exámenes nos pedimos cuenta seriamente del empleo de nuestro tiempo, de las pérdidas de nuestro tiempo, y de las causas de estas pérdidas de tiempo? ¿Nos confesamos de esto con arrepentimiento, y con

propósito sincero de enmendar-nos?... examinad como habeis perdido vuestro tiempo, a fin de emplearlo mejor en el nuevo año.

En fin, el gran medio de pasar-lo útil y agradablemente, es hacer un reglamento de vida y ser fiel a él. A la verdad, este reglamento existe de hecho, por lo menos en parte; porque todos tenemos deberes que cumplir en ciertas horas del día: sin embargo, nos quedan siempre bastantes intervalos de tiempo libre: es el que es necesario a una regla, sin lo cual se perdera en futilidades, y nos sentiremos entregados en él a continuas excitaciones y perplejidades.

Unámonos a San Alfonso de Liguorio, que, fiel al voto de no perder jamás el tiempo, no cesó de escribir y de trabajar sino cuando cesó de vivir.

X.

## SOMNI DE JESÚS

Sant Josep treballa  
dins son obrador,  
cara avall a gotes  
li cau la suor.

Un angelet baixa,  
li vol aixugar,  
Josep se'n desvia  
y'l fa retirar.

Reprement volada,  
se'n torna al Empi;  
serafins devallan,  
i, en concert divi,

pels aires adollan  
sos càntics d'amor

amb llauts de plata  
bandolines d'or.

Oint llur canturia,  
Josep s'ha dormit,  
el somriure als llavis  
y les mans al pit.

Els, l'un gafa l'altre,  
d'altre 'i garlopi,  
el compàs i esquadra  
y'l flaberquí.

Aquest pren la serra  
aquell el ribot,  
claus y estenalles  
y martell i tot.

Entre tots han feta  
una hermosa creu;



al mig com un astre  
hi lluu'í nom de Deu.

Cel amunt tornanse'n,  
tot ho han deixat;  
Sant Josep desperta  
y queda admirat.

Mentre's ulls contemplan



## BIBLIOGRAFIA

ALMANAQUE-GUÍA DE EL CULTIVADOR MODERNO.

Formando un tomo de cuatrocientas páginas e ilustrado con más de 300 grabados y la portada a tres tintas, acaba de hacer su aparición el «Almanaque-Guía» de la difundida y acreditada ilustración agrícola de Barcelona «El Cultivador Moderno».

Preside en este tomo la idea de guiar e ilustrar al ganadero y al agricultor y ponerle en condiciones de resolver inmediatamente cualquier duda o problema que se le ofrezca respecto a la manera de cultivar, abonar, conducir o explotar una planta determinada o bien solucionar algún punto relativo a industrias agrarias o cuestiones ganaderas. A este fin, además del santoral, predicciones del tiempo, datos astronómicos y eclesiásticos, se dedican, por meses, interesantes estudios sobre labores de los campos y operaciones de siembras de hortalizas, flores, plantaciones de viñas, frutales, árboles forestales, tratamientos contra las enfermedades de las plantas y ganados, cuidados de las viñas, bolegas y oli-

l'extranya visió,  
no sab perque s'ompla  
son cor de tristó.

Jesuset somnia  
y ¡ai! amb dolça veu  
diu que per els homes  
vol morir en creul

X.



var, cría de gusanos de seda, explotación del gallinero, conejar, apiatio, etc., o sea cuanto puede interesar al agricultor y ganadero en todas las ramas de sus industrias.

Aparte de tan interesantes secciones, avaloran al «Almanaque» dos monografías de indiscutible mérito y oportunidad, cuales son: una titulada «La explotación del secano», debida al sabio y eminente ingeniero ex director de la Granja Agrícola de Valladolid don Carmelo Benaiges de Añis y otra que lleva por título «Los tipos caballares que urge producir», del competentísimo Inspector de Higiene Pecuaria don Juan Rof y Codina.

La acogida que mereció el «Almanaque-Guía para 1925», es de creer que le superará el «Almanaque para el año 1926».

Este voluminoso libro, se regala a los suscritores de «El Cultivador Moderno» y se vende en todas las librerías de España y América al reducido precio de 1'50 pesetas el ejemplar.

MARINA. Idili Mallorquí de N' Antoni M.<sup>a</sup> Peña.—Felanix.

El exceso de original bibliográfico nos impidió ocuparnos antes de esta hermosa obrita debida a la

inspirada y bien cortada pluma del eminente poeta mallorquín, don Antonio M.<sup>a</sup> Peña. Libro poético, idilio encantador es el opúsculo de que hacemos mérito. El solo nombre del autor dice bastante. Artista de pura cepa, versificador elegante hace en *Marina* gala de sus privilegiadas dotes que en literatura le colocan entre los mejores poetas de la Isla hermana, la dorada Ma-

llorca. ¡Qué bella la introducción al idilio, cuando Peña escribe:

Jo t'he volgut cantar nom de Marina,  
abans de usança y cepa mallorquina  
are perdut dins un oblit de mort;  
y tu serás el nom de l' heroína  
que d' aquesta Roqueta es perla fina...  
Jo vuy fer que revisca el teu recort!

Los que quieran saborear delicadezas y filigranas, adquieran el libro. *Excelsior!*

JOSÉ TUDURÍ, *Lectoral.*

---



## Por los campos de la historia

¿La frase documentaria: Essent dos horas de nit, se puede traducir por: Son las dos de la noche?

(Conclusión)

En la hipótesis, al parecer improbable, de que dicho Mir hubiera salido de Mahón en la noche del 1 al 2, todavía habría que convenir en la inutilidad de su acción, porque apenas podría él haberse despedido de Fábregues, en el predio San Antonio, a las *dos horas de nit* del día 1 en que los jurados de Menorca ya fechaban su misiva de petición de socorro a Mallorca después de conocer lo que ocurría en Mahón por dos correos que habían llegado a Ciudadela en el intervalo de una hora. (1)

Como se ve, el acto de Mir no pasa de la categoría de un mero episodio, que únicamente merece los honores de la narración, por el arrojado que representa, y por el aspecto cómico que ofrece. Se trata de un suceso que, con ser casi acreedor al calificativo de heroico, le valió a Mir el susto de

(1) Doc. I.



verse encerrado en la cárcel de Ciudadela, e incluido en una causa criminal. En cambio, le deparó la suerte feliz, que no habría previsto, de preservarle de caer en el triste estado de esclavitud, debido a su ausencia del recinto de la villa de Mahón, al penetrar en él las huestes turcas. Y para colmo de su buena suerte, el susto mencionado no tuvo ulteriores consecuencias; pues, reconocida su sencillez en el doble hecho de haber salido de la villa sin autorización, y de haber prestado oídos a quienes, tan cándidos como él, suponían que las autoridades de Mahón habrían descuidado mandar aviso al gobernador, se le descartó del proceso antes de llegar el caso de que se hiciera extensivo a él el mentado tormento de los azotes.

Al ocuparse algunos historiadores del suceso que acabamos de referir, afirman, sin vacilaciones, que si el Gobernador de Menorca llegó a enterarse de que la plaza de Mahón estaba sitiada por Barbarroja, y procuró socorrerla, se debió a que el susodicho Mir, con arrojado patriotismo, fué espontáneamente a exponerle la situación peligrosa en que se encontraba dicha plaza, y a recabar de él auxilio para ella.

La trastienda que tiene esta afirmación no es pequeña como queda indicado en otro lugar; pues equivale a aseverar, indirectamente, que M.<sup>o</sup> Jaime Scalá, bañe de la villa, y demás autoridades de Mahón estuvieron divorciados del modo de ser de aquella época, en la cual lo primero que procuraban autoridades y particulares al notar la presencia de piratas, era que la noticia llegara pronto a conocimiento de quienes tenían especial misión de combatirlos y perseguirlos. Y aún no se reduce a esto solo la anomalía que algunas obras de historia atribuyen a dichas autoridades, puesto que por un lado nos las presentan a éstas sumamente solícitas en aprontar la pequeña villa para la defensa, sin olvidar medio ni detalle a su alcance, y por otra parte dejan entender, a la vez, que su torpeza o su apocamiento llegó al grado de encerrarse en una suicida impotencia, absteniéndose de implorar socorro, cual era su deber ineludible, dada la pobreza de recursos en que se hallaba la villa para poder resistir a un poderoso enemigo como el que se había presentado.

Antes que la historia denigrara a dichas autoridades en esta forma, valía la pena que se hubiesen meditado, con la detención debida, dos detalles, nada despreciables que ofrece el propio proceso precitado, que es el documento que los mentados autores tuvieron a la vista. Uno de dichos detalles es el hecho significativo de que, entre los cargos que figuran contra las citadas autoridades en el largo documento indicado, no aparece ninguno en que se las censure en lo más mínimo, por la punible omisión mencionada que la historia les atribuye; y el otro es, que consta de dicho documento, que uno de los encarcelados

y procesados fué, precisamente, el referido Mir que la historia encomia, y que lo que dió lugar a ello fuera cabalmente la acción que se le encomia, lo denotan los varios extremos, todos exclusivamente relativos a dicha acción, sobre que versaron las declaraciones que le exigieron al ser procesado. De haberse parado atención en estos detalles, se hubiese encontrado en el documento de referencia, más bien que un motivo para deprimir la conducta de las autoridades antedichas, un poderoso indicio para juzgar que quien encarceló y procesó a dicho Mir, no debía tenerle a éste por un héroe que hubiese ido a Ciudadela a avisar al gobernador sino por un sospechoso de complicidad en la rendición de Mahón, y que persistiría en semejante sospecha hasta que el mismo Mir logró desvanecérsela, al manifestar, en sus declaraciones, el móvil patriótico con que había salido de la villa sitiada. No habría tenido Mir necesidad de sincerarse, si el supuesto aviso suyo al gobernador hubiese sido una realidad, porque el hecho se hubiere divulgado con rapidez en Ciudadela, y sin duda hubiera llegado muy pronto a noticia de quien se creyó con el deber de detener y procesar a Mir, por ignorar el móvil loable con que había obrado.

Este es, a nuestro juicio, el sentido que afluye del conjunto del documento que acabamos de expositar; y si fuese ésta la interpretación que se hubiere dado al mismo, ni se habría incurrido en el contrasentido que se ha atribuido al modo de proceder de las autoridades referidas, ni se encontraría dificultad alguna, como se encuentra, en comprender que a *dos horas* del primero de septiembre hubieren llegado dos correos a Ciudadela, el uno antes de empezar los jura-

dos de Menorca la misma referida, y el otro, cuando estaban por terminarla.

RAFAEL BOSCH, *Pbro.*

*Ciudadela.*



## CUENTO DE INVIERNO

# ISABEL

Las horas de la noche pasaban lentas y tristes para la pobre niña que permanecía inmóvil junto al fuego casi apagado. A veces parecía querer sacudir el peso de sus tristes presentimientos y sus dedos se movían con ligereza alrededor de una gruesa media de algodón azul; pero bien pronto sus brazos volvían a caer con desaliento, mientras sus labios se movían convulsivamente y sus grandes ojos se dirigían suplicantes a una tosca imagen de la madre de Dios, delante de la cual ardía un cabo de vela: rezaba.

La pequeña Isabel, que contaba apenas catorce años y hacía cinco que había perdido a su madre, estaba ya bien acostumbrada a esa vida de intranquilidad y de insomnio; y cada vez que su padre, que era contrabandista, partía sigilosamente, envuelto en las sombras de la noche, ella, con el oído alerta, los ojos dilatados por el terror, permanecía junto al hogar, trabajando a veces, llorando con frecuencia y pasando y volviendo a pasar las cuentas de sus rosarios.

—¿Todavía no te has acostado?

—Le decía el contrabandista al llegar antes de la madrugada.—

—¿Quieres, pues, ponerte enferma?

—¡Oh padre! Me hallaba dema-

## NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS

En Alayor falleció D. Miguel Pons, suscriptor de nuestra Revista.

Se pide una oración por su alma.



sia lo inquieta. Siempre tiemblo cuando os hallais lejos de mí, expuesto a tantos peligros. ¡Oh! ¡Qué feliz sería si no os apartaseis nunca de mi lado!

—¡Tonta, más que tonta! Mira que pañuelo tan bonito te traigo. ¡Y que bien estará sobre tus cabellos rubios! A ver... ¿Y eso no merece que me des siquiera un abrazo?

La niña abrazaba a su padre y le besaba llorando, y, si alguna vez, por complacerle, se veía obligada a ponerse aquellas galas, lo hacía con tristeza, porque temía que su pobre corazón tuviese que pagarlas algún día demasiado caras.

Y aquella noche le asaltaban más que nunca sus negros presentimientos, porque había oído decir que habían cambiado el jefe y que los carabineros tenían órdenes severísimas.

—¡Oh Virgen santa, repetía: ¡Salvad a mi padre. Salvadle! Haced que acabe para mí esta vida de angustias, y subiré descalza a vuestra ermita, aunque mis piés broten sangre. ¡Compadeceos de mí, Madre mía, Reina mía querida!

Un ruido seco como el de un disparo lejano sonó en la montaña. Después se oyó otro, y dos más, y todo volvió a quedar en silencio. La niña se había levantado, blanca y rígida como un cadáver; en

sus ojos ya no había lágrimas, sus oídos zumbaban, sus manos se cruzaban convulsivamente. Por un instante sintió que su vista se oscurecía, y pensó que iba a caer sin sentido: sin embargo, se reanimó por un poderoso esfuerzo de su voluntad, sintiendo que aún podía hacer algo. Ella no sabía que... Pero lo sabía Dios.

Sus miradas se fijaron otra vez en la Virgen y de sus labios brotó una plegaria envuelta en sollozos: después como si una resolución repentina la hubiese prestado fuerzas, la niña se tranquilizó y sus hermosos ojos brillaron otra vez: había oído una vez en su corazón; la vez de la Virgen que le decía que su plegaria había sido oída.

Serena y animosa, abrió un pequeño armario de donde sacó una pequeña botella de vino generoso y algunas hilas y vendas: después, apagando la luz, salió sigilosamente a fuera, cerrando tras sí la puerta de su casita aislada. ¿A dónde iba? Solamente lo sabía Dios.

La noche era oscura y los picos de las montañas se alzaban negros e imponentes: el camino si podía llamarse tal, era peligroso y bordeaba casi siempre el precipicio: pero Isabel no se acordaba de tener miedo: el corazón le decía que a su padre le había sucedido alguna desgracia. Y ella iba donde Dios y su corazón la llamaban.

Y así así tuvo toda la noche, extraviada en aquellas imponentes soledades, tropezando, cayendo, conteniendo hasta el aliento cuando veía brillar a lo lejos los inflamados ojos de los lobos. Empezaba a clarear el día cuando se detuvo, rendida, exhausta: su frente estaba cubierta de sudor, su pecho

respiraba fatigosamente, sus pies brotaban sangre: no podía más. De pronto volvió a levantarse de un golpe, livida, medio muerta de terror. ¡Allí, en el fondo del profundo barranco, había un hombre tendido, muerto al parecer, y la jovencita lo había reconocido al momento: era su padre!

Agarrándose a algunos matorrales, resbalando en la rápida bajada y con peligro de estrellarse a cada momento, Isabel descendió al precipicio por un camino que habría asustado al más ágil cazador. Al llegar junto a aquel cuerpo inmóvil y ensangrentado, un estremecimiento glacial recorrió todos sus miembros: después se arrodilló, conteniendo los sollozos, y puso una mano sobre el corazón de su padre: latía.

—¡Gracias, Virgen santa, gracias!—Gritó la niña con delirante júbilo. Enseguida, lavando la herida de su padre que sólo era peligrosa por la pérdida de sangre, no cesó de prodigarle sus cuidados hasta que el contrabandista abrió los ojos y murmuró debilmente.

—¿Dónde estoy?

—A mi lado, padre mio, y en mis brazos. ¡Oh! ¡Qué buena es la Virgen!—Exclamó la niña palmeando con alegría.

—¡Qué horrible noche, hija mía! Me he visto perseguido, cazado como una fiera; una bala me ha alcanzado, y, sintiendo que perdía la sangre y que iba a ser cogido, he pensado en tí, hija mía del alma, y he hecho voto a la Virgen de dejar para siempre el contrabando, si me salvaba la vida. Y no dudo que Ella me ha escuchado, porque he tenido fuerzas para llegar hasta aquí, por un camino que

yo sólo conozco, bien peligroso y difícil. ¿Y tú? ¿Cómo has sabido lo que sucedía? ¿Por qué has venido a buscarme?

—¡Oh! No sé... Oí disparos y el corazón me dió enseguida un salto. Estaba segura de que os había sucedido alguna desgracia. He pasado toda la noche corriendo por la montaña, buscándoos desconsolada y sin atraverme a llamaros por temor a los carabineros... ¡Oh Dios mío!

—Pero ¿estabas loca al exponerte por esos caminos que hasta de día son peligrosos? Sin contar que podías tropezar con alguna manada de lobos...

—Ya los he visto... de lejos... Pero no pensaba en eso... Yo pensaba solamente en vos... Y en los disparos que había oído... Y además, prosiguió cruzando fervorosamente sus manecitas y elevando al cielo sus hermosos ojos, antes de salir había invocado a la Virgen: y Ella me defendía.

El herido se enderezó: su emoción y la robustez de su compleción de hierro, le habían devuelto sus fuerzas.

—¡Oh hija mía! Dios me ha avisado hoy y no seré sordo a su voz. ¡Te juro por la Virgen a quien amas tanto! Y por eso no nos faltará pan. Tengo buenos brazos y trabajo de sobra con que emplearlos.

Isabel daba gracias a la Virgen, y sonreía, envuelta en un hermoso rayo del sol naciente que la cubría como un velo de oro. Parecía un ángel con su aureola.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Pasaron semanas y meses, y la belleza de Isabel florecía como una rosa, porque la niña apenas se acordaba de sus noches de vela y de las largas horas de angustia y terror. Pero a veces durante sus comidas en la limpia y alegre cocina, sorprendía las miradas de su padre clavadas en la antigua imagen de la Madre de Dios, que, excepto en el rigor del invierno, tenía siempre a sus piés un hermoso ramo de flores campestres. Y, como si hubiese adivinado sus pensamientos, la niña le preguntaba:

—¿No es verdad, padre mío, que la amais mucho a la Virgen que os libró a vos de morir en el fondo del barranco y a mí de ser devorada por los lobos?

—¡Oh, sí! ¡Cómo nos protegió a los dos en aquella noche! ¡Qué buena es!

Y su hija pagaba esa entusiasta y sincera exclamación con un abrazo por el cual el antiguo contrabandista hubiera dado la mitad de su vida.

X.

